

## ¿El fin del sueño europeo?\*

Thomas Manz\*\*

### Europa – nuevo factor de riesgo para la economía internacional

“El sueño europeo” es el título de un entusiasta libro de Jeremy Rifkin en el cual el autor ve la Unión Europea (UE) en camino a convertirse en la economía más potente del mundo. Este libro fue escrito en el año 2004. Pocos años después, al inicio de la segunda década del siglo XXI, esa Europa potente se ha convertido en el principal factor de riesgo para la economía internacional. A pesar de tantas cumbres europeas, y a pesar de diversos paquetes de rescate, hasta ahora la Unión Europea no ha sido capaz de resolver la crisis de deuda soberana que azota sobre todo los países del sur del continente. Parece que ni siquiera el reciente “pacto fiscal” y la creación de la llamada “unión de estabilidad” (hechos con los cuales se consagra el ajuste presupuestario generalizado en la UE) fueron suficientes para dotar a los “mercados” de suficiente confianza. Así, las perspectivas para 2012 son grises: se prevé una contracción de la economía de los países de la zona euro de -0.5 por ciento y una desaceleración en el resto de Europa. Al mismo tiempo el riesgo de un fracaso del plan de involucramiento del sector privado en el rescate de Grecia y, en consecuencia, la probabilidad de un impago de este país siguen siendo pertinentes. Y ahora, como resultado del drama de una ineficiente administración de la crisis, la actual situación económica y financiera en Europa afecta la recuperación de la economía mundial.

¿Pero es este drama inevitable? ¿Es resultado lógico de procesos económicos? La zona euro es una unión de 17 países; en 2010 el déficit fiscal de esa unión fue de 6 por ciento y la deuda no pasó los 80 por ciento del PIB de esa zona. Así, a nivel agregado, el volumen del déficit y la deuda de la unión no representan ningún problema agudo y no amenazan la solvencia de la unión misma. Visto así, desde una perspectiva comunitaria, se relativiza la problemática de países como Grecia, Portugal o Irlanda. El problema de la deuda soberana de esos países es sin duda alguna grave, pero tampoco de una dimensión no manejable por parte de la UE en su conjunto.

---

\* Publicado en la Revista: El Punto sobre la i

\*\* Representante de la Fundación Friedrich Ebert en México

## **Pésimo manejo de la crisis y una apuesta insuficiente**

Más que una crisis económica, la presente crisis europea es una crisis política. Es consecuencia de una pésima gestión de los problemas por parte de las autoridades europeas y los gobiernos de los estados nacionales. Por la tardía reacción – debida a una subestimación inicial del problema – y la poca capacidad de respuestas políticas coordinadas se agravó la crisis a una dimensión que pone en cuestión la viabilidad de la moneda única. A eso se agrega la casi exclusiva apuesta a una austeridad mal entendida como salida de la crisis.

Según la opinión dominante, la insostenible deuda pública en la zona euro es resultado de políticas presupuestarias laxas e irresponsables. Pero no todos los estados europeos que ahora tienen problemas de endeudamiento público han implementado una política financiera irresponsable. No es cierto que en todos los casos fueron políticas sociales demasiado generosas y burocracias gigantescas que generaron los déficits públicos. Los gobiernos europeos hoy en día no gastan más que hace veinte años: Según datos de la OCDE la participación estatal en la economía, la relación entre gasto público y PIB, se redujo en la zona euro entre 2000 y 2007 de 46.3 a 46.1%. Incluso algunos países como Irlanda o España redujeron sus deudas. Entonces es una falacia responsabilizar exclusivamente a las políticas fiscales poco sólidas de los países miembros de la unión monetaria por la crisis. Más bien, fue la reciente crisis bancaria de 2008 la que hizo explotar los gastos públicos y crecer de manera insustentable la deuda pública. Así, la responsabilidad por la crisis de la deuda soberana cae en gran parte en los paquetes de rescate de los bancos e instituciones financieras y en la implementación de paquetes de estímulo económico.

Sin embargo, lejos de reconocer la responsabilidad del sector financiero, hasta ahora la reacción a la crisis de la deuda soberana por parte de los gobiernos europeos – en la mayoría de los casos – conservadores consiste sobre todo en programas de rescate acompañados con severas políticas de austeridad. Mientras los llamados “paraguas de rescate” oficialmente pretenden prevenir la insolvencia de los países en crisis, en el fondo rescatan a sus acreedores privados. De esa manera se someten los derechos sociales de los ciudadanos a los derechos de propiedad de los acreedores. La obsesión de los actuales gobernantes en la UE con la consolidación presupuestaria resultó recientemente en la construcción de la nueva “comunidad de estabilidad” en forma de una “comunidad de austeridad”, ampliando la llamada “cultura de estabilidad” alemana a toda Europa. Al mismo tiempo, medidas para fomentar el crecimiento y el empleo quedaron cortas. A pesar de declaraciones del presidente del Consejo Europeo, Herman van Rompuy, en el sentido de que la estabilidad financiera no basta para salir de la crisis y que hay que hacer más en lo que respecta al crecimiento y el empleo, todavía no están a la vista planes específicos para estimular el crecimiento económico. Hay muchas dudas de si esa casi exclusiva apuesta a la austeridad para resolver la

crisis va a rendir los resultados esperados. En una democracia, es poco probable que a lo largo los ciudadanos acepten una imposición tecnocrática de los intereses de los “mercados” sin protesta, sin resistencia.

### **Errores de ayer, retos de hoy**

Hoy en día, todos los expertos coinciden en que hay muchas deficiencias estructurales en el diseño y la construcción de la unión monetaria. Desde sus inicios la unión económica y monetaria (UEM) ha sido asimétrica: la unificación de la política monetaria bajo la responsabilidad del Banco Central Europeo no ha sido complementada por un “gobierno económico” de la unión; en vez de una transferencia de soberanía en esas áreas sensibles se acordó solamente reglas suaves para la coordinación de las políticas presupuestarias y económicas. Eso resultó en una insuficiente coordinación y supervisión macroeconómica. Así, en vez de contribuir a mayor convergencia económica y social, esos defectos iniciales de la unión monetaria resultaron en tendencias centrífugas de la economía en la zona euro.

Una de las consecuencias más problemáticas ha sido el fomento de los desequilibrios económicos. Mientras en Alemania – no por último como resultado de una política salarial restrictiva - el superávit comercial se incrementó año por año, en España, Italia o Grecia aumentaron los déficits en la cuenta corriente. Por eso, sin corregir esos desequilibrios económicos no habrá solución a la crisis europea.

Otra consecuencia de la asimétrica construcción de la UEM fue el, si intencionado, flujo de capitales del centro (de los países económicamente más avanzados con altos niveles de ahorro) a la periferia (con menos grado de desarrollo y supuestamente superiores oportunidades de inversión). Este flujo contribuyó a un aumento excesivo del gasto corriente en la periferia, en el cual incurrieron muchas administraciones públicas que expandieron con créditos fáciles y baratos programas de bienestar en búsqueda de réditos políticos a corto plazo. Se formó algo como una “democracia cómoda” en la cual la política era capaz de satisfacer las expectativas de los ciudadanos respecto de servicios públicos sin verse obligada a debatir y negociar prioridades, ni exigir a los ciudadanos a aportar a la causa común con el debido pago de impuestos. Ejemplo que ilustra esa “democracia cómoda” es el decrecimiento de la carga tributaria en la UEM desde el inicio de siglo XXI.

A la par de una política de consolidación de las finanzas públicas, es decir una política de austeridad socialmente balanceada que corrige los excesos de la “democracia cómoda”, es urgente lanzar un “plan Marshall” para el sur de Europa: programas de inversión en infraestructura y desarrollo para superar la débil competitividad y generar condiciones para que esos países puedan nuevamente crecer y crear empleo. Los recursos financieros necesarios para tal plan se pueden generar a través de un

impuesto a las transacciones financieras como lo reclaman ya desde mucho tiempo los partidos socialdemócratas, y ahora también algunos líderes de la derecha como Merkel y Sarkozy.

Por el otro lado, los países con superávit (Alemania, Países Bajos) deben fomentar sus mercados internos. Alemania por ejemplo, con su fuerte industria de exportación, se ha ganado su actual posición de fortaleza en gran parte gracias a mantener por 15 años los incrementos salariales muy por debajo del promedio de la zona euro, y a costa de crear un sector de salarios bajos y trabajos precarios. Entonces está justificada la insistencia de muchos expertos que Alemania debería implementar medidas para estimular su mercado interno. Particularmente, los sindicatos argumentan en este sentido y reivindican fuertes demandas salariales. En la perspectiva sindical, el enfoque debería estar en corregir las disparidades económicas y fomentar la integración política – así lo resume Annelie Buntenbach, vice-presidenta de la Federación Sindical de Alemania (DGB). No más nacionalismo sino más Europa, aunque con políticas distintas, esa es la apuesta de los sindicatos europeos.

### **La vía tecnocrática – callejón sin salida**

Jürgen Habermas advirtió recientemente que, por primera vez en su historia, la UE vive un retroceso en el desarrollo de la democracia. De hecho, los “mercados financieros” – que al final de cuentas no son un actor anónimo sino tienen una cara visible en los representantes del Instituto de Finanzas Internacionales, una entidad que representa a unos 400 de los mayores bancos y fondos de inversión de todo el mundo – han convertido los gobiernos europeos en rehenes. Los “mercados” no sólo lograron someter los derechos sociales de los ciudadanos europeos -tanto los de los países en crisis que reciben ayuda condicionada como también los de los países que están condenados a financiar el rescate - al interés del sector financiero en garantizar sus inversiones y sus rentas. Además se impusieron a la democracia al sustituir dos jefes de gobierno democráticamente electos por dos tecnócratas con alto reconocimiento en el mundo financiero: Lukas Papademos en Grecia y Mario Monti en Italia. Esa suspensión de la democracia parlamentaria, un hecho hasta ahora no visto en la historia de la UE, simboliza la emergencia de un “segundo soberano” en la figura de los “mercados internacionales financieros”, un “soberano” que pone sus intereses particulares por encima de la democracia.

Esa opción tecnocrática se complementa con una concentración del poder en un comité intergubernamental de los jefes de gobierno que impone sus decisiones a los parlamentos nacionales y europeo - a costa de la legitimidad democrática de las políticas de la UE y de la democracia en general. No cabe duda que esa vía posdemócrata logró - con la creación de mecanismos de rescate y el acuerdo de coordinar en el futuro más estrechamente las políticas presupuestarias y económicas -

un mayor nivel de integración de la zona euro. Sin embargo, esas medidas no significan un verdadero cambio cualitativo, no son equivalentes a una transferencia de soberanía y fortalecimiento de la institucionalidad supranacional – y así serán insuficientes para superar la crisis.

Políticas tecnocráticas sin legitimación democrática no son capaces de generar la solidaridad inter europea que se requiere hoy en día. En vez de ampliar el apoyo popular para el proyecto europeo y fortalecer la idea de una ciudadanía europea, fomentan tendencias de una renacionalización, de un distanciamiento de parte de la población del proyecto europeo, que va a la par con una desolidarización, algo que en parte de la población europea ya está bastante visible. Así, lejos de aceptar que en una unión entre economías desiguales las transferencias – o “solidaridad” – de los fuertes hacia los débiles deben ser algo normal, actualmente la solidaridad está bajo la sospecha de apoyar actitudes parasitarias. En este ambiente resulta muy difícil para los gobernantes convencer a sus ciudadanos que la salida de la crisis requiere ceder más soberanía nacional a instancias supranacionales. Pero sin la voluntad política y la legitimación popular a la cesión de soberanía, tampoco habrá solución tecnocrática.

### **Más Europa - pero una Europa de justicia y solidaridad**

En sus inicios, la unificación europea fue principalmente un proyecto para superar el tradicional conflicto entre centro y periferia en Europa, y de esa manera, promover la paz en un continente heterogéneo, caracterizado por mucho tiempo por confrontaciones bélicas. Tanto la integración de los países de Europa del Sur (España, Portugal, Grecia) como después, en los años 90, la ampliación hacia Europa Oriental no han sido motivadas en primer instancia por el propósito de hacer la economía europea más fuerte. Más bien el motivo principal fue estabilizar la democracia y ampliar su espacio. En este sentido ha sido y sigue siendo un proyecto exitoso y sui generis.

Al lado de esos objetivos de promover la paz y consolidar la democracia, motivos económicos fueron ganando importancia al paso del tiempo. En el contexto de la globalización, el enfoque se desplazó más hacia la competitividad. Valores como justicia y solidaridad se quedaron en segundo plano. Así, la economía europea adquirió más las características de un área de competitividad interna que las de un área de solidaridad. Eso es seguramente algo que hay que corregir si se aspira recuperar la identificación de los ciudadanos con el proyecto europeo. Será bajo esas condiciones que se puede dar un salto en la integración europea: superar las tendencias de renacionalización, ceder más soberanía y avanzar en la construcción de una institucionalidad supranacional democrática y eficiente.

Partiendo de eso será también posible movilizar más solidaridad para resolver la crisis:

- tasas de interés del Mecanismo Europeo de Estabilidad (ESM) mucho más bajas que las actuales para convertirse en verdaderas ayudas para los países endeudados;
- serios programas para estimular las economías en la periferia;
- la emisión conjunta de deuda mediante algún tipo de eurobonos;
- mecanismos políticos que impidan divergencias sustanciales de competitividad entre los países de la UEM;
- una regulación rigurosa de los mercados financieros y de los bancos.

Y finalmente los estados nacionales europeos deben darse cuenta que forjar la globalización de manera democrática y social sobrepasa hoy en día las capacidades de cada país miembro, y requiere de la unidad europea. Cada una de las naciones europeas representará a mediados del siglo XXI menos de uno por ciento de la población mundial; en conjunto representarán solo siete por ciento de la población – en contraste con el 20 por ciento que representaron a mediados del siglo XX. Ante este panorama el ex canciller alemán Helmut Schmidt argumentó, en el congreso del Partido Socialdemócrata Alemán (SPD) en diciembre del año pasado, que las naciones europeas deberían reconocer que profundizar la integración europea es su interés estratégico fundamental.

### **La socialdemocracia – ¿vanguardia de una Europa más democrata y social?**

Si una Europa más unida, más democrata y más social es la respuesta tanto a los retos actuales de superar la crisis como también a los intereses estratégicos de largo plazo, ¿quién podría ser el protagonista en la construcción de esa Europa? Es cierto que la pésima gestión de la crisis es sobre todo una responsabilidad de la mayoría conservadora de los gobiernos en turno en la Unión Europea. Son también políticos conservadores como Merkel y Sarkozy quienes tienden a coquetear con ánimos nacionalistas en su población. Entonces una respuesta fácil podría ser: un regreso de partidos socialdemócratas al poder cambiará todo y allanará el camino hacia la nueva Europa.

Pero hay que reconocer que en este momento crítico de Europa, la opinión pública no se ha unido entorno de la socialdemocracia. Por supuesto hay esperanzas fundamentadas de que la actual situación de una socialdemocracia marginada de las posiciones de toma de decisiones se pueda revertir pronto con las elecciones en Francia en abril de este año, y después en 2013 con los comicios en Alemania e Italia. Sin embargo hay quienes que no confían en que el retorno de la socialdemocracia al gobierno en países claves de la Unión Europea sea suficiente para un cambio cualitativo en la política europea. No faltan voces que ven la socialdemocracia “perdida”

o rendida ante la decisión de la derecha de sacrificar el Estado de Bienestar para restablecer los equilibrios presupuestarios y complacer a los círculos financieros. Y ese pesimismo no es infundado.

La nueva generación de los líderes socialdemócratas en Europa – como Ed Miliband (en el Reino Unido) o Sigmar Gabriel (en Alemania) - ha confesado que alrededor del fin del siglo XX, en vez de perfilar y perseguir su propio proyecto, la socialdemocracia europea se ajustó a la narrativa neoliberal dominante. Pero a partir de este reconocimiento de su descamino, hoy en día la socialdemocracia se plantea el reto de construir una nueva narrativa socialdemócrata que empalma con su antiguo proyecto de civilizar el capitalismo. Si antes se trataba de civilizar el capitalismo en el marco de la política nacional, ahora el reto es organizar este proceso al nivel transnacional, en primera instancia en el marco de la Unión Europea. Para eso la socialdemocracia debe construir una alianza junto con amplios sectores de la sociedad civil, debe conquistar la juventud y convencer a los indignados de que el proyecto europeo no solo vale la pena sino que es la clave para asegurar un futuro más democrático y justo. No es una tarea fácil para la socialdemocracia, pero no hay otra fuerza política a la vista que la pueda asumir.

Febrero 2012